El jazz subterráneo de Madrid

Gustavo Valle

Se parece a Miles Davis. 65 años. Negro, calvo, alto. Un gorro de pana muy gastado en la cabeza. Un traje que consiste en gabardina color crema con manchas numerosas. Pantalones verdes tres tallas más grandes. Chaleco comprado en algún almacén de objetos usados. Bolsillos amplios donde debe guardar cigarrillos rotos, fósforos inservibles, papelitos con teléfonos a los que nunca llamará. En sus manos sostiene un saxo tenor de donde sale *The man I love* con sonido tostado, ahuecado, porque el saxo es viejo y de mala calidad y suena como si estuviera dentro de una caja de cartón. Sus ojos se mueven como radares. Nunca detienen la mirada en las llaves del instrumento sino que viajan en cada uno de los transeúntes que deben decidir entre tomar el metro dirección Plaza Castilla, o pasar hacia el otro lado de la Gran Vía por este pasillo subterráneo. Frente a él, un paño de terciopelo rojo donde brillan algunas pocas monedas. La música se amplifica en este tunelito peatonal, en este anfiteatro suburbano, hasta lograr agigantarse en toda la estación y descender hasta el mismísimo andén, de donde salgo en este preciso instante del vagón y sigo la música como los roedores seguían al flautista de Hamelin.

Es un músico notable –pienso mientras subo las escaleras mecánicas–. Imagino las numerosas veces que ha debido ensayar la pieza en el tráfago de peatones y pleitos entre yonkies y escenas de delincuencia común. Allí, cerca de los chinos que venden sus arroces callejeros para todos los trasnochados de Madrid, donde los chavales salen de los bares de copas con el equilibrio precario y los modales trastocados, y donde los turistas coreanos copian en sus cámaras *Yashica* la arquitectura mamotrética de la torre de la Telefónica.

Mientras subo las escaleras mecánicas aumenta el volumen del saxo y pienso entondes en los otros músicos que comparten «punto» con este Miles Davis redivivo. Y es que este tunelito musical, insólito templo del jazz subterráneo, cuenta con varios intérpretes que se suceden unos a otros según horarios preestablecidos. Al Miles Davis saxofonista le toca el horario nocturno. La mañana le corresponde a Chet Baker (un rubio que hace sonar muy bien la trompeta) y la tarde es para un trombonista aficionado al *Bebop* que nunca olvida amarrarse al cuello su pañuelo de seda.

No puede haber otro sitio en Madrid más apropiado para un concierto improvisado de jazz que este pasillo que horada la Gran Vía justo en su punto más «Newyorkino»: frente a la torre de Telefónica, que bien parece una variante castellana y achaparrada del *Empire State*. El Madrid de la Gran Vía es un Madrid distinto al resto. Es donde la ciudad se eleva sobre los hombros de los corpulentos edificios de los años 20, todos dispuestos a lo largo de la avenida como columnas que sostienen los sueños de los habitantes que quieren zafarse del pueblo recio, de la árida meseta de Castilla y volar, como en un rapto, hacia la Europa moderna.

Entre los *gays* que vienen de la calle Fuencarral con sus bolsas repletas de trapos última moda, entre los turistas argentinos que van tras la pista de los mejores mejillones, o los madrileños que corren a ocupar las butacas del cine *Callao*, o los estudiantes alemanes y franceses que andan en grupos numerosos y ríen a carcajadas y gritan de forma totalmente distinta a como lo hacen en París o en Dresde..., entre todas estas personas el jazz parece sobrevolar y conducirlos, como por inercia, hacia algo parecido a un destino. Un destino amable, pienso. Porque entre sus vehemencias castellanas y sus modales campestres, Madrid ejercita la libertad más mediterránea, y es esto lo que vienen a buscar sus visitantes y lo que saben disfrutar sus residentes.

El centro de una ciudad es la confirmación de que esa ciudad existe: su certeza. Algo tienen los centros urbanos que no tienen sus periferias: algo incuestionable, indubitable. Frente al centro no cabe la pregunta «¿dónde estoy?», porque *estar* es, de por sí, la única experiencia posible. Si las ciudades existen es porque sus centros se construyen y reconstruyen a diario con cada uno de sus paseantes, con cada músico, con cada tertulia improvisada en las aceras. «La ciudad –dice Toni Morrison–, también a su manera, se pone a tu servicio, coopera, alisando las aceras, corrigiendo los bordillos...».

Hoy, cuando el suburbio, la periferia y el arrabal parecen protagonizarlo todo, el centro viene a ofrecer algo a cambio: la convicción de un lugar hallado, su contundencia. Pocas son las ciudades cuyo centro todavía sobrevive como espacio vital y no sólo como centro financiero. Madrid es una de ellas. Además, estoy convencido de que si el centro tiene algún propietario esos son los Miles Davis callejeros, y los indigentes que no abandonan sus lugares a cielo abierto, y los policías que patrullan mientras comen bocadillos, y los miles de cuerpos efímeros que pasan, charlan, se besan, dejan su huella leve y siguen de largo hacia lugares ignorados.

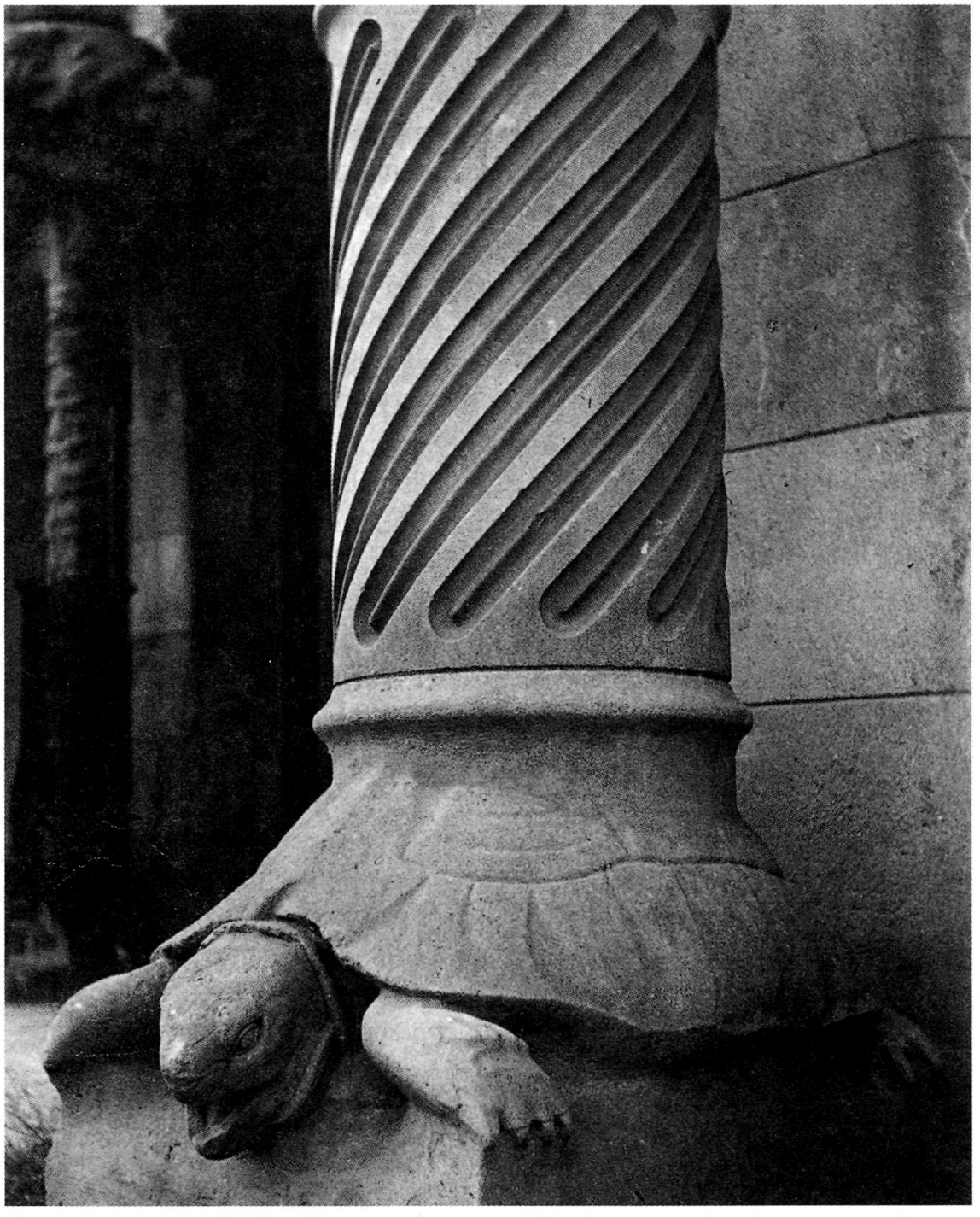
Cuando Miles Davis –el de verdad– paseaba de la mano de Juliette Greco sobre los muelles del Sena, ambos estaban contribuyedo a alimentar el centro de París, su leyenda. Quizás lo mismo hizo Chet Baker –el de verdad– cuando cayó por tenencia de drogas en una cárcel de Italia. Allí dentro

compuso 32 piezas y leyó diariamente las cartas de amor de su mujer. Al salir (estuvo 15 meses) se convirtió en fenómeno social y todos los italianos querían saber algo de él.

Escribo estas notas en la butaca de un avión. A mi lado un viejito francés hace de mi largo trayecto una experiencia muy grata. Entre otras cosas, le pregunto si le gusta el jazz y me dice que sí, que sobre todo el que va de los 50 a los 60: las *Big bands,* el *Bebop,* Count Basie, etc. Le comento que en el canal 6 puede escuchar buen jazz a través de los auriculares. No habían pasado dos minutos cuando ambos estábamos escuchando el mismo canal de música y haciéndonos gestos acerca de la calidad de la emisión. Me dijo que era de Lyon, la segunda ciudad de Francia, después de París. le conté lo de Miles Davis y Juliette Greco y me respondió: «Elle est plus généreuse avec les hommes». El viejito leía una revista de actualidad francesa y yo un libro de John Berger: *Y nuestros rostros, mi vida, breves como fotos.* Se trata de uno de esos textos híbridos de Berger que a mí tanto me gustan: poesía, crítica, autobiografismo y ficción se dan la mano sin ostentaciones ni experimentalismos. En una de sus páginas leo: «el cantante puede ser inocente/la canción nunca».

¿Qué clase de vida tendrán estos *jazzplayers* de la Gran Vía? Quiero pensar que ellos han podido ocupar algunas páginas de la historia de la música, componer grandes temas ignorados. Por momentos me embarga la idea de seguirlos después de su trabajo y ver dónde viven, con quién hablan, qué comen. Pero creo que nunca lo haré. Quizás porque sé la respuesta, quizás porque prefiero mantener alrededor de ellos cierto halo legendario. Los más grandes espíritus de la generación de Allen Ginsberg eran «...pobres y rotos, malolientes y bebidos se reunían a fumar de pie en la oscuridad sobrenatural de los apartamentos, fluctuando entre los tejados/de las ciudades contemplando el jazz...».

He concluido mi ascenso por las escaleras mecánicas del metro. Son las 8 de la noche y el pasillo subterráneo que horada la Gran Vía está repleto de gente. Veo a pocos metros a Miles Davis. Nos encontramos con la mirada. Sonreímos. En el aire vuela *The man I love* de Gershwin y tengo la sensación de que una mujer, desde muy lejos, me dedica la canción. Me abro paso entre las personas que se entrecruzan a toda prisa formando un abigarrado hormigueo. Me encuentro frente a frente con Miles Davis y le dedico una última sonrisa. Él también me sonríe. Arrojo una moneda de cincuenta centavos sobre su paño de terciopelo rojo. Advierto que son pocas las monedas que allí brillan. Me acomodo la bufanda, subo la cremallera de mi chaqueta de invierno, y me marcho hacia la superficie, al encuentro de la Gran Vía.



Antoni Gaudí: Columna de la Sagrada Familia. Barcelona